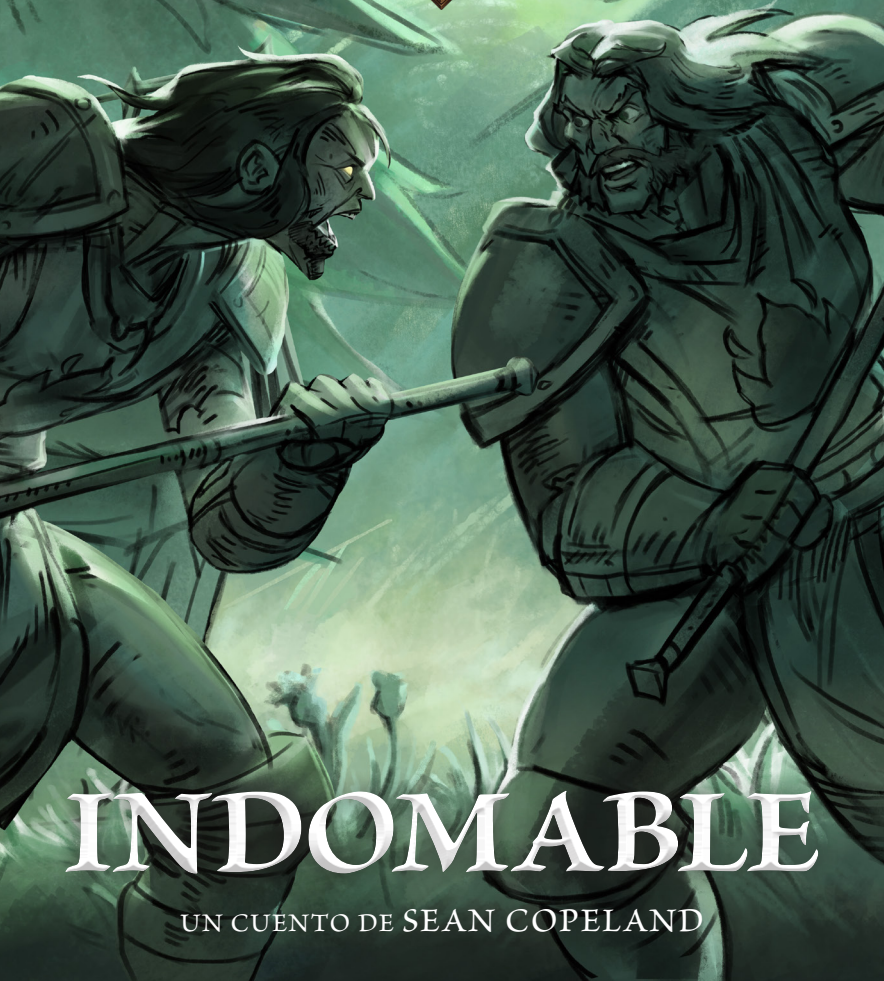




INDOMABLE

UN CUENTO DE SEAN COPELAND

ESCRITO POR
SEAN COPELAND

ARTE DE
SURFSIDE 3D

DIRECTORA SÉNIOR, DESARROLLO
DE HISTORIA Y FRANQUICIA
VENECIA DURAN

GERENTE SÉNIOR, GUION Y LIBROS
MATTHEW COHAN

SUPERVISORA EDITORIAL
CHLOE FRABONI

EDITORA SÉNIOR
MEGAN WALKER

ARTISTA DE MARCA SÉNIOR
SOPHIE ERB

PRODUCTORA SÉNIOR
BRIANNE MESSINA

PRODUCCIÓN
CARLOS GARCIA RENTA, TAKAYUKI SHIMBO

EQUIPO DE ASESORAMIENTO DE JUEGO
RAPHAEL AHAD, JOSHUA GREENFIELD, PHILLIP
HILLENBRAND, JR., CHRIS METZEN,
STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

ASESORAMIENTO DE HISTORIA
SEAN COPELAND

TRADUCCIÓN
PABLO GIACHETTI, INÉS RODRÍGUEZ MACÍAS



Blizzard.com

© 2026 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o del artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.



INDOMABLE

La espada resplandeciente del cruzado Escarlata separó la cabeza de la Renegada de sus hombros con un solo golpe. Dos paladines que contemplaban la escena vitorearon como si se tratara de un número de la Feria de la Luna Negra en lugar de una ejecución.

—¡Asesino! —carraspeó un renegado atado.

—Lo dice un maldito cadáver —respondió el cruzado con sarcasmo.

Al oír eso, Cormack ladeó la cabeza levemente. Era una voz que jamás olvidaría, pero que tampoco deseaba recordar. Un pariente lejano. Un amigo. Un compañero de armas.

Su asesino. El cruzado Escarlata Arec Mantoniebla.

Unos ojos fijos con resplandor amarillo espiaban a lo lejos, con la quietud de algo que había olvidado lo que era respirar. La Luz Sagrada comenzó a concentrarse tenuemente en sus manos mientras apartaba los arbustos, sanando poco a poco con su resplandor la piel muerta que tocaba. Cormack sacudió las manos ante el dolor repentino, como si se le hubieran prendido fuego. El resplandor se desvaneció junto con el ardor.

El hombre salió de los recuerdos fragmentados de Cormack y se materializó ante sus ojos. Tenía tanto la armadura como la capa inmaculadas, como las de alguien que nunca pisaba el campo de batalla a menos que se viera obligado. Cormack se aferró con fuerza





al martillo de guerra que no recordaba haber sacado del arnés que llevaba en la espalda.

—¡Cruzados! Celebremos esta cacería con una pira. Purificaremos a estos monstruos en honor a alguien importante. A ver, para esto vamos a necesitar un verdadero paradigma de la Luz.

Arec chasqueó los dedos con un gesto burlón, como si acabara de tener una revelación. Al pensar en el nombre, la sonrisa sádica que se dibujaba en su rostro se acentuó.

—Conozco el alma perfecta. —Se dio la vuelta y se sacudió la mugre invisible de su guantelete—. Gavinrad, el Temible.

Oír ese nombre provocó inexplicablemente que algo se rompiera dentro de Cormack, quien dejó escapar un grito gutural.

—¡TRAIDOR!

Un martillo hecho de Luz pura salió disparado de su escondite y golpeó a Arec en el pecho. El impacto no se sintió como un sonido, sino como una explosión. El golpe fue tan fuerte que la ola de choque abolló su armadura de placas y levantó una nube de tierra allí donde había caído su cuerpo.

Cormack arremetió con el martillo de guerra en ristre antes de que los demás cruzados se repusieran de la sorpresa de su ataque. Una espada se alzó para intentar bloquear el avance de Cormack, pero este derribó a su portador con desdeñosa facilidad, mientras los susurros de la Luz Sagrada seguían la trayectoria de sus arremetidas con martillo.

—Debiste permanecer enterrado —dijo Arec con dificultad mientras se ponía de pie tambaleándose—. Pero ahora te mataré de nue...

Otro Martillo de Luz interrumpió al cruzado mientras hablaba. Los huesos y la armadura cedieron juntos con una satisfactoria contundencia. El impacto destrozó el casco del cruzado y lo obligó a quitárselo. El contraataque de Arec fue de una rapidez inusual, impulsado por la Luz Sagrada pese a sus heridas. El martillo de Arec aplastó la mano izquierda de Cormack con su inmenso peso, a punto de arrancársela del brazo. Cormack gritó y se alejó de él para examinar la herida. El icor brotaba a raudales de la mano, que colgaba en un ángulo espantoso.

Arec se acercó lentamente a Cormack para asestarle un golpe mortal con su martillo de guerra.

—Hora de morir, monstruo.

—Por fin.

Con la poca fuerza que le quedaba en el cuerpo maltrecho, Arec tensó los músculos para abatir el martillo sobre el rostro desafiante de Cormack. Pero no pudo asestar el golpe. Un martillo de Luz cayó desde arriba e impactó contra su cabeza desprotegida. La sangre fluía libremente de la herida y le nublaba la vista mientras el mundo se tambaleaba bajo sus pies. Por un momento, parecía imposible que pudiera mantenerse de pie. Pero lo consiguió, sostenido apenas por su rebeldía. Una rebeldía que solo le serviría para contemplar con claridad lo último que vería en su vida.

Cormack recorrió la corta distancia que los separaba a una velocidad aterradora, tan rápido que parecía dejar atrás a su propia sombra. Se abalanzó sobre Arec y lo estrechó en un abrazo que parecía una burla de los incontables abrazos que habían compartido cuando eran familia.

Cormack abrió la boca más de lo que jamás había podido hacerlo en vida y clavó los dientes en la carne dulce y nauseabunda de la garganta desprotegida de Arec. Arec abrió los ojos, llenos de asombro. Cormack lo mordió con toda su fuerza y lo despedazó con violencia. La carne de la garganta destrozada de Arec se desgarró como tela mojada. La sangre salpicó la armadura y el suelo. De la boca de Arec salió un sonido húmedo y burbujeante cuando los restos de su garganta se desprendieron de los dientes de Cormack.

Durante un segundo, permanecieron abrazados hasta que Arec no resistió más. Se desplomó mientras Cormack permanecía de pie sobre él, con la sangre corriéndole por la barbilla y derramándose sobre su víctima.

Todo quedó en silencio. No era absoluto, ya que se oía el ruido metálico de la armadura de placas mientras el cuerpo se retorció agonizando en el suelo. Si bien Arec recibió su merecido, Cormack se preguntaba: «¿En qué me convertí...?»

Cormack se encontraba solo en medio de los escombros de la caravana de los Renegados y de sus atacantes. De repente, se acordó de los sobrevivientes, vio que ya no estaban y comprendió que habían huido en cuanto comenzó la pelea. Las huellas que encontró eran de almas aterrorizadas que corrían, se arrastraban y se movían como podían para alejarse de la batalla.

El dolor que Cormack había estado conteniendo lo obligó a arrodillarse de repente. Lo que siempre había conocido como calidez en vida, algo familiar y reconfortante, ahora se había convertido en agonía en la no-muerte.





Cada vez que Cormack invocaba la Luz Sagrada y la obligaba a abrirse paso a través de su cuerpo destrozado, forzaba a la carne a cicatrizar pese a su resistencia natural a sanar. Y los nervios entumecidos, que no deberían haberse despertado, le provocaban un dolor abrasador. Se agarró la mano destrozada, la colocó en el ángulo adecuado para poder usarla y se preparó para canalizar la Luz a través de ella.

Comenzó a rezarle a la Luz para que le sanara la mano, pero esta respondió con violencia y sin piedad, como era costumbre desde su muerte.

El tiempo dejó de importar cuando comenzó a sanar. Los huesos destrozados se soldaban a la fuerza. La carne en descomposición se extendía sobre las partes de la mano donde se veían los huesos. Cada parte del proceso de sanación ardía con un dolor tan debilitante que la visión antinatural de Cormack se volvió blanca. Para mantenerse consciente, Cormack mordió el mango de su martillo de guerra y gritó hasta que algo en su mandíbula se rompió. El dolor de esa nueva lesión en proceso de sanación se sumó a la sinfonía de sufrimiento que experimentaba todo su ser.

Mientras la Luz se desvanecía, Cormack permanecía arrodillado, con el pecho moviéndose como si respirara. Pasó mucho tiempo antes de que tuviera fuerzas para levantarse.

Al ponerse de pie, bajó la mirada hacia el tabardo que le colgaba de los hombros. Solía ser de un blanco prístino, marcado de rojo por el fuego de la determinación, la fe y la certeza. Ahora, al igual que su cuerpo, estaba hecho jirones.

Lo sacudió distraídamente. Por un instante, recordó el día en que lo usó por primera vez. Una luz que parecía provenir del propio tejido, el peso de un propósito que recaía sobre sus hombros en lugar de la no-muerte: El Tabardo de la Cruzada Escarlata.

Cormack comenzó a seguir las huellas por donde habían huido los sobrevivientes no-muertos. Tenía dudas sobre su condición que solo ellos podían responder. Pensó que se lo merecía por haberlos salvado. El bosque se cerraba a su alrededor mientras seguía el rastro apresurado. Si bien estaba exhausto por blandir la Luz, incluso en ese estado se dio cuenta de que el bosque que tenía delante estaba demasiado silencioso... demasiado atento.

La sensación de que lo observaban nunca desapareció. Seguían sus pasos mientras avanzaba por el sendero, demasiado cerca para su tranquilidad. Aunque lo que escudriñaba a Cormack desde lejos no eran los animales ni los sobrevivientes a los que buscaba, era algo más.

Algo mucho más paciente.

No fue difícil seguir su rastro. El pánico siempre deja huellas fáciles de seguir.

Cormack avanzaba por el denso bosque a un ritmo constante y sin prisa, con sus botas hundiéndose en la misma tierra blanda que los pies de los fugitivos habían removido en su huida. Ramas rotas, surcos poco profundos que dejaban pasos desiguales, alguna que otra mancha de icor. Todas eran señales claras para quien supiera interpretarlas, y no se habían alejado mucho.

El campamento improvisado apareció ante sus ojos a medida que los árboles se iban espaciando. Aunque no era más que un grupo de cuerpos desaliñados que fingían descansar, todas las cabezas se volvieron al ver acercarse a Cormack.

Lo reconocieron enseguida, no por su rostro, sino por el tabardo que llevaba puesto. Todas las manos se levantaron y temblaron, menos una. Una mujer no-muerta dio un paso al frente, con largas túnicas sueltas, remendadas y rasgadas, y los ojos iluminados por un brillo amarillo enfermizo que no tenía nada que ver con la vida.

Cormack los observó en silencio.

—Me alegra haberlos encontrado.

La mujer habló en nombre del grupo.

—¿Viniste a terminar el trabajo?

Cormack se rio de la acusación.

—No digas tonterías. No los habría ayudado si fuera así.

El tono de la mujer pasó del sarcasmo al enojo.

—¿Ayudado?! ¡Destrozaron todo! —se rio con exasperación—. ¡Incluso nuestras vidas! ¡Para empezar, estamos muertos por culpa de tu maldita cruzada!

Cormackladeó la cabeza con una lentitud deliberada.

—Lo dudo —dijo él—. Simplemente no tuviste la fuerza necesaria para proteger lo que más querías.

Esas palabras sonaron como una bofetada involuntaria. La expresión de la mujer pasó de una ira ardiente a una intención fría y asesina. Partículas de fuego comenzaron a





reunirse en sus palmas y a arremolinarse hacia adentro con un movimiento caótico. Las llamas brotaron con toda su fuerza alrededor de sus manos, y el aire crujía mientras el calor y el frío de la noche luchaban por imponerse.

—Di. Eso. De nuevo.

Cormack no tuvo que hacerlo. Ya había visto esa mirada innumerables veces antes en rostros de personas vivas. No responder no evitaría lo que se avecinaba.

Una lanza de fuego surcó el aire a toda velocidad hacia él. No era tan precisa y controlada como los hechizos que había visto lanzar a otros magos, sino que volaba furiosa y errática. Le dio un golpe de refilón en el hombro, y el súbito fogonazo calentó la armadura al rozarla. El calor de la llama de la maga se sentía como una brisa cálida en comparación con el dolor abrasador que sentía ahora que la Luz había respondido a su llamado.

Cormack pronunció una breve oración mientras se lanzaba al ataque con ayuda de la Luz.

La maga maldijo al ver aquello y erigió una barrera de magia arcana a su alrededor, mientras de sus labios brotaban palabras de resonancia rúnica. Precisas, rápidas y expertas. Las runas arcanas surgieron de repente y se superpusieron unas sobre otras mientras la realidad se retorció para dar lugar a la magia.

El martillo de Cormack no apuntaba a la maga, sino al suelo justo delante de ella. Una onda de choque de fuerza y tierra salió despedida con la intención de romper la concentración de la maga, tal como le habían enseñado en el Monasterio Escarlata. La tierra se abrió por el impacto de su martillo de guerra, pero no había rastro de su enemiga.

Un aullido de viento gélido le azotó la espalda. Una helada sigilosa se apoderó de las partes movibles de su armadura, se coló por las rendijas y congeló el tabardo que se le pegaba al pecho.

La maga había cambiado de posición, y movía las manos para preparar su próximo ataque. La magia arcana estalló hacia adelante en una ráfaga de frío que congeló el espacio entre ellos con una escarcha tan intensa que cristalizó el aire mismo. Cormack luchó contra sus ataduras gélidas. La Luz brotó de él, no para defenderse, sino en señal de desafío. Sus energías —o gritos, Cormack no estaba seguro— atravesaron el hielo, rasgaron el aire y devoraron a ambos por igual.

El dolor de La Luz fue inmediato y abrumador. Su carne putrefacta se rasgaba en cada punto por el que sus energías sagradas se abrían paso hacia afuera. El icor le resbalaba por los brazos, silbando y evaporándose por completo allí donde la Luz persistente lo sanaba. No se detuvo.

La maga volvió a cambiar de posición. Desconcertada por la actitud desafiante de Cormack, la maga no alcanzó a terminar su hechizo antes de que el paladín se abalanzara sobre ella. El martillo de guerra describió un arco brutal. La maga se preparó para el impacto, pero confió en la fuerza de su barrera para protegerse mientras terminaba su encantamiento. Sin embargo, la barrera quedó destruida con el impacto.

La cabeza del martillo impactó a la maga en el torso, en lugar de en la cabeza, que era donde Cormack había apuntado, pero la fuerza fue más que suficiente para surtir efecto. Le rompió las costillas. Volaron fragmentos de hueso y piel. El hechizo que se formaba en sus manos colapsó y detonó de repente en un contragolpe arcano que los lanzó a ambos en direcciones opuestas.

Un instante después, la maga intentó levantarse, pero Cormack estaba de pie sobre ella con su martillo de guerra en alto. Apenas logró apartarse a tiempo antes de que el martillo se estrellara contra el suelo con la fuerza suficiente para dejar un pequeño cráter junto a su cabeza.

La maga respondió con una pequeña descarga de magia arcana. Un ataque sin forma ni preparación. Pura fuerza bruta dirigida contra él. Cormack resistió el impacto. La Luz volvió a brillar y, con ella, sus gritos de dolor. La mano enguantada de Cormack la agarró por el cuello, la levantó del suelo y estrelló su cuerpo en descomposición contra el piso con una fuerza inmensa, sin soltar a su enemiga.

—Desaparece.

Lo dijo con suavidad. La Luz escuchó y acudió a su llamado. Un brillante destello de Luz salió disparado de su mano y se dirigió hacia su cautiva. Fue un exorcismo dorado, radiante e implacable. Las energías sagradas se precipitaron hacia la maga, subiendo por el rostro y bajando por el torso, mientras quemaban cada centímetro de carne de no-muerto como si fuera tan inflamable como el aceite.

Cormack gritaba mientras la Luz abrasaba tanto a la cautiva como al taumaturgo. Se deslizó serpenteando hacia arriba por el brazo de Cormack, abrasando a su paso tanto su carne destrozada como de la de su enemiga. Por reflejo, Cormack cerró con más

fuerza la mano sobre la garganta de la maga y apretó la mandíbula hasta casi romperse los dientes.

La maga estaba inmovilizada, retorciéndose de dolor mientras la Luz Sagrada la consumía. Cormack se cernía sobre ella, respirando sin aliento.

La Luz siguió abrasándole el brazo, consumiéndolo tanto a él como a ella. Cormack pronto se debilitó por el inmenso dolor. Su agarre se aflojaba a medida que perdía el control.

—Ya basta —dijo con voz ronca.

Afortunadamente, las energías abrasadoras se calmaron, y la Luz se desvaneció tan rápido como él le había pedido que apareciera. Toda la zona quedó sumida en un silencio sepulcral. La maga tosió ico y lo escupió, con una risa que se entremezclaba con el dolor.

—Vaya —logró decir—. Después de todo, eres como nosotros.

Cormack no dijo nada. No hizo falta, ya que la forma en que poco a poco la soltaba decía más que su silencio.

—Sé lo que ves —espetó—. Abominaciones. Hay que acabar con ellas sin piedad. Su mirada se fijó en el tabardo de Cormack.

—Incluso viste cómo los demás lo disfrutaban antes de que los detuvieras. ¿Por qué, cruzado? ¿Te gustó? Entre nosotros, las abominaciones, ¿quién es el verdadero monstruo?

Cormack cerró los ojos y exhaló por puro reflejo de respirar. La maga se preparó para recibir una represalia por sus palabras, pero nunca llegó.

La maga quedó libre, pero no quiso levantarse de inmediato, como si esperara que fuese una trampa. Al poco rato se levantó y se dirigió directamente hacia Cormack. Estaba cerca. Demasiado cerca. Cormack no se movió. La maga se inclinó hacia él mientras lo observaba con lo que parecía un vestigio de curiosidad. Dio un paso atrás y se tocó el rostro.

Sus dedos con púas se le clavaron en la mejilla y tiraron de la carne muerta sin cuidado ni interés, mientras ella no apartaba la mirada de Cormack ni por un instante. De repente, los dedos se detuvieron y se apartaron bruscamente de su rostro. Entre ellos se retorció un gusano. La maga se lo lanzó a Cormack bruscamente. El gusano le dio en el rostro y cayó al suelo.

—Nadie quería esto —dijo ella con voz firme—. Convertirnos en la burla de todo

lo que fuimos en vida. Vivir cada día atados a una presencia que te obliga a hacer cosas indescriptibles. Solo para tener libre albedrío ahora y vivir en un mundo que te ve como algo de lo que hay que deshacerse. Ser verdaderos Renegados.

La mano de Cormack se aferró con más fuerza a la empuñadura del martillo de guerra que llevaba al costado.

—Pero nuestra Dama Oscura lo cambió todo —continuó la maga—. Le dio sentido a nuestra vida. Se labró un lugar en este mundo miserable donde no tenemos que estar mirando constantemente por encima del hombro ni preguntándonos si merecemos existir.

Les hizo un gesto a los demás.

—Para tener un lugar en todo Azeroth donde nadie intente mandarnos de vuelta a la tierra. —Se hizo silencio—. Si la muerte te resulta un reto demasiado grande, con mucho gusto te ayudaremos a regresar. —Una leve sonrisa se dibujó en su rostro mientras los demás sobrevivientes se reunían detrás de ella en señal de solidaridad.

—No necesito ayuda. Ni de ti ni de nadie más.

Cormack bajó la cabeza mientras el grupo regresaba a su hoguera apagada. El bosque observaba. Los sobrevivientes hablaron entre ellos rápidamente, se marcharon, y dejaron a Cormack solo una vez más.

«¿Esta es mi elección?».

Su mirada se dirigió hacia su tabardo. Por un instante, en su recuerdo el tabardo volvió a estar limpio. Se puso de pie en posición de firmes, con los hombros rectos. El peso del tabardo aún le resultaba nuevo, pero se lo había ganado. Los cumplidos del comandante por sus victorias resonaban en su cabeza, llenos de orgullo y determinación.

Cormack recordaba haber creído en la causa de la Cruzada Escarlata. Recordó la convicción que acompañaba a esa fe inquebrantable. Ahora observó lo que quedaba. Su tabardo colgaba destrozado tras su muerte; una reliquia, igual que él.

Alzó la mano, agarró el emblema de la Cruzada Escarlata y se lo arrancó del pecho. La tela se desprendió de su armadura en tiras irregulares, y él la dejó caer al suelo sin más.

Poco después, dejó caer también el martillo de guerra. Su peso golpeó el suelo con un ruido sordo. Comenzó a avanzar, con la mirada fija en algo que solo él podía ver más adelante.

En el lugar donde había quedado el martillo, una mano bajó para agarrarlo. La mano estaba maltrecha, pero recogió el artefacto con respeto.





Un dedo recorrió toda la longitud del mango desgastado. Parecía un objeto querido, marcado por muchos años de uso y cuidado esmerado. El dedo siguió explorando la empuñadura hasta que se detuvo en un grabado apenas perceptible, casi borrado por el desgaste y el paso del tiempo. Un mensaje, escrito con una letra familiar, contenía palabras importantes para todo paladín que hubiera prestado juramento a la Luz Sagrada.

No'Dara'dor.

Serviremos.

La luz parpadeaba tenuemente a lo largo del martillo de guerra mientras la mujer pensaba en el dueño original del arma, como si esta esperara su regreso.



Cormack se encontraba de pie al borde de su propia tumba.

La tierra había sido removida, desgarrada desde adentro. Su regreso al mundo de los vivos había sido tan violento como cuando lo habían sacado de él. La tumba abierta lo atraía mientras se arrodillaba y pasaba los dedos por la tierra removida en el borde. El llamado del olvido era oscuro y acogedor.

—Qué extraño. En esa lápida no dice «Cormack el Cobarde».

Cormack estaba tan absorto en sus pensamientos que no se percató de que alguien se acercaba. No importaba.

—Tenía la esperanza de que alguien viniera y me volviera a arrojar tierra —respondió sin volverse hacia la voz.

—Qué desperdicio —dijo la voz—. Te entrenaste toda tu vida para servir a los demás, no para rendirte cuando las cosas se pusieran difíciles.

Cormack se volteó bruscamente. Primero surgieron la ira y el reproche. Se puso a la defensiva. Preparado. Como si se hubiera estado debatiendo con esa misma pregunta todo este tiempo.

—¿Y qué sabes tú de mí? —espetó.

Su enojo se calmó al ver lo que tenía ante sus ojos. La voz se adentró en la luz de la luna con un porte firme, pero sin forma definida. Tenía el cabello del color de una rosa roja desvaída, corto y a ras de la mandíbula. Era el corte que tiene alguien que busca la lucha, no la admiración. Práctico, deliberado y funcional. Su armadura transmitía lo

mismo. Estaba hecha de placas, forjada en tonos púrpura que ahora apenas conservan un brillo apagado. Cormack se dio cuenta de que no estaba descuidada, sino que había perdido brillo por el uso prolongado. Supuso que, al igual que su portadora, no estaba destinada a brillar, sino a resistir. Pero eran sus ojos los que revelaban quién era ella sin lugar a dudas. Transmitían conciencia, pero sin vida. Estaban muertos al igual que él.

La muerte la formó, la supervivencia la forjó y algo inexplicable la impulsó a seguir adelante.

—Más de lo que crees —dijo con calma—. Me llamo Danitha, y decidí llenar mi tumba —continuó—, no volver a ella.

Cormack apretó la mano hasta formar un puño a un costado del cuerpo. El silencio se hizo presente entre ellos.

—Entonces tomaste la decisión equivocada —dijo Cormack.

—O la más difícil —respondió ella mientras Cormack le daba la espalda.

—No hay elecciones reales —dijo él secamente—. Solo aquellas que son necesarias para nosotros, los monstruos.

—¿Necesarias? ¿Para quién? —preguntó Danitha.

El golpe de los huesos de la mano de Cormack contra el metal de su coraza acentuó el resurgimiento de su ira.

—Para mí —espetó—. ¿Algo que la Luz rechaza? ¿Me temen aquellos a quienes juré proteger? —Miró hacia el interior de la tumba—. Sí.

Hizo otra pausa.

—No —insistió ella.

Cormack dejó escapar un suspiro de agotamiento fingido, como si ya hubiera tomado una decisión.

—Déjame en paz.

—Como desees —respondió ella—. Pero primero ayúdame a entender algo. —Se acercó un poco más—. La Luz te rechaza —dijo sin rodeos—. Te lastima cada vez que la invocas. Y, a pesar de todo, sigues recurriendo a ella. Es extraño —concluyó.

Cormack permaneció inmóvil.

—No necesito ojos para ver que estás afligido.

Cormack se rio al oír eso. Era una risa seca y amarga sin compasión.

—Estás confundiendo toda una vida de entrenamiento y reflejos con un propósito.

—Y tú confundes esto con algo noble.

Las palabras dieron en los puntos débiles de su armadura mental. Se volvió hacia ella, con una mirada llena de ira.

—A mi modo de ver —Danitha continuó—, solo hay dos cosas que impiden que quienes tenemos libre albedrío volvamos al olvido. Lo primero es ser lo suficientemente fuerte como para mantenerte de pie cuando el mundo te rechaza. ¿Y lo segundo? Mantener la voluntad de luchar a pesar de eso.

La luz antinatural que emanaba de los ojos de Cormack parpadeó levemente mientras él luchaba contra la ira que sentía en su interior y ella continuaba hablando.

—Ya has demostrado dos veces que eres capaz de hacerlo. —Se acercó un poco más—. Lo que veo frente a mí es mucho más importante que lo que hay detrás de ti.

Cormack la observó detenidamente.

—¿Por qué me seguiste?

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Danitha mientras levantaba las manos, como si la hubieran atrapado mintiendo.

—Tenía que saber. —Inclinó la cabeza—. Entonces dime... ¿Por qué soportar siquiera la Luz?

Cormack no respondió. La pregunta le trajo a la mente vagos recuerdos de orgullo, sacados de lo más recóndito de su mente como un sueño que se le escapaba y no lograba recordar. Los momentos importantes de su vida se perdieron en la no-muerte.

—Mi maestro siempre hacía hincapié en que los paladines fueron creados como un ideal. Debían luchar por aquellos que no podían hacerlo por sí mismos. Lo repetía una y otra vez después de cada lección.

Cormack la miró con curiosidad. Sus palabras le resultaban familiares, como si las hubiera escuchado antes, pero el recuerdo se hubiera perdido con la muerte.

Lo dijo sin rodeos:

—Tu padre. Gavinrad, el Temible.

El mundo de Cormack se detuvo y se redujo al pequeño espacio entre ambos. Danitha llevó lentamente la mano detrás de la espalda.

—Y lo que él te dio —dijo ella casi sin darle importancia— nunca debería dejarse de lado.

El martillo de guerra golpeó el suelo a sus pies. Cormack se quedó mirando el arma como si la viera por primera vez. Las ataduras desgastadas, la cabeza de martillo agrietada, y el mensaje que su padre le dejó en la empuñadura. Su mano se movió sin pensarlo para recuperar lo que sentía como una parte de sí mismo que había perdido y ahora había vuelto a encontrar. Lo tocó.

De repente, recordó algo. Calidez. Una sonrisa barbuda. Una voz firme y una mano sobre sus hombros temblorosos.

«En el mundo no hay respuestas sencillas para tantos problemas, hijo mío. Mientras luchamos con nuestras decisiones, sin importar cuán pequeñas o grandes sean, recuerda que la Luz siempre te acompaña. Debes estar dispuesto a pedirle ayuda con todo tu corazón».

El recuerdo se perdió otra vez. En su lugar, Cormack sintió un propósito. Se arrodilló y rezó una oración ferviente por primera vez desde que despertó. Preguntó cuál era el camino correcto: si liberarse de la no-muerte o soportarla hasta el final. La Luz no tardó mucho en responder.

Las energías sagradas incendiaron cada parte de Cormack. Buscando. Ardiendo. Consumiendo. Cada fibra de su ser gritaba mientras la Luz se abría paso a través de su cadáver con un calor tan intenso que Cormack pensó que la respuesta que recibía era la incineración. Cada músculo de su cuerpo se contrajo y se desgarró hasta el punto de mutilar aún más su forma. Su mente estaba a punto de quebrarse bajo el peso del dolor que lo abrumaba. Su mente gritaba que resistiera, que rechazara lo que le estaba pasando. Con lo último que le quedaba de cordura, Cormack abrió lentamente los brazos.

—Papá —susurró con una voz tan suave que nadie podía oírla.

La conflagración de Luz se retorció y ardió ante su súplica; las energías sagradas brillaron con más intensidad que antes, hasta que de repente se detuvieron y la oscuridad volvió a invadir el espacio entre los paladines una vez más. Cormack no se atrevió a moverse. El dolor de la oración permaneció en su forma maldita, pero ahora se desplazaba en su interior. Algo cambió. La agonía permanecía ahí, pero debajo de ella había algo completamente nuevo.

Calidez. Esperanza. Las bendiciones de la propia Luz.

Esa revelación le abrió los ojos a Cormack. Sus manos brillaban, la Luz bailaba

alrededor de sus dedos, sin devorarlos, sino posándose en ellos. Sanación. Flexionó los dedos y se llevó una mano a la cara para tocar la carne muerta que había debajo. Y, por primera vez desde su regreso, sintió algo. Lo sintió de verdad. Frío. Áspero. Real. Miró fijamente a Danitha.

—No estás solo en esto —dijo ella en voz baja—. Mereces estar entre nosotros, hermano.

Le tendió la mano a Cormack.

—Esarus no'Darador, hijo de Gavinrad.

Esas palabras le llegaron al alma más que cualquier otra.

—Por la sangre y el honor, aún puedes servir.

La frase en lengua antigua quedó resonando en su mente. Era un juramento. Una promesa. Una que había jurado en vida regresó a él en la muerte. Cormack sujetó la muñeca de Danitha y ella lo ayudó a levantarse. Sostenía con firmeza en la mano el martillo recuperado. Cuando su mirada se encontró con la sonrisa de ella, algo en su interior se afianzó por primera vez. No era el mismo de antes, ni era perfecto, pero se sentía entero. Cormack se alejó de la tumba.

—Enséñame cómo volver a casa, hermana.

